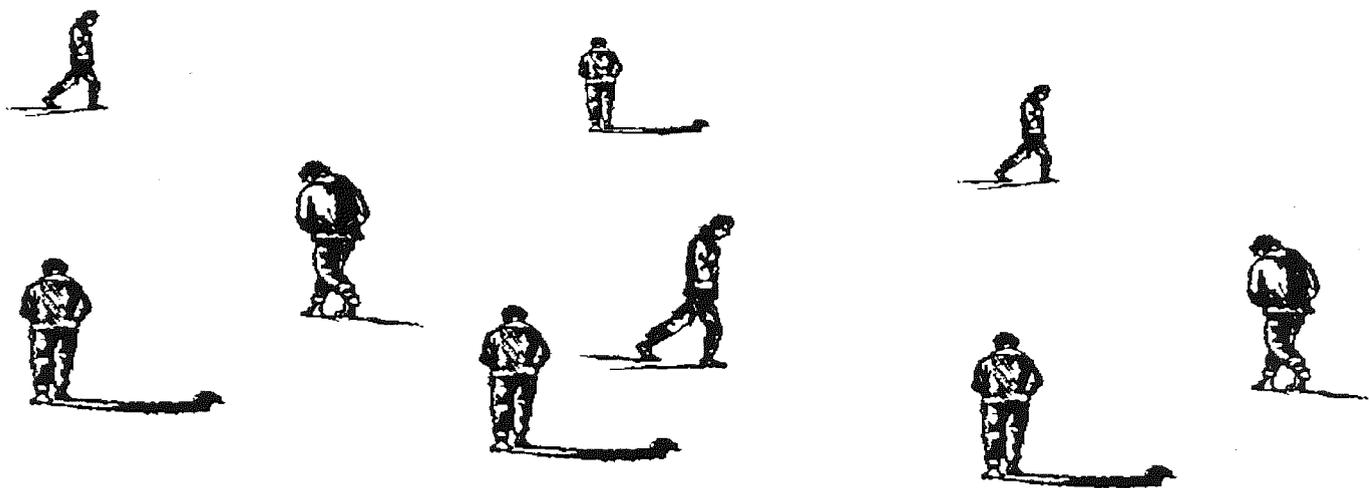


"URBES LUMINOSAS" O



EL DEAMBULAR UNA CIUDAD

Urbes Luminosas de Eduardo García Aguilar, el libro sexto de la colección de COLCULTURA, «Escritores Colombianos en la Diáspora» (1993), no es solamente, como el subtítulo lo sugiere, una colección de relatos breves; es también, una sola historia sobre la ciudad, en el sentido, de que todos ellos (los relatos), tienen como protagonista al imaginario de una «ciudad extendida», entendida ésta como un área metropolitana continua, de la cual es imposible escapar. Aproximarse a un comentario de *Urbes Luminosas* debe hacerse no pensando en historias sueltas, pues éstas poseen un hilo conductor que aparentemente parte de Estocolmo en el restaurante Tjuren Ferdinand pero,

en realidad, pivotea en ciudad de México. En un México del futuro donde se vive y se llora una ciudad apocalíptica.

En el primer relato, el encuentro, en un depósito de maniqués de Estocolmo, con un escritor alcohólico nos sorprende no solamente porque él acepta haber muerto en 1939, sino porque los maniqués abandonan el lugar bajo la mirada sin asombro de los protagonistas, e invaden la calle, se suben al metro y se toman la ciudad como anunciando los relatos siguientes: la ciudad un espacio donde la realidad nos sorprende por su ficción, donde todo es posible, menos la esperanza.

La orgía en una iglesia barroca donde

un grupo de rockeros y de libertinos del siglo XVIII se desnudan y se azotan mientras un mendigo sin pies, ni manos, ni ojos, ni lengua, se arrastra desde el atrio, nos lleva de la mano al relato de un vagabundo por Roma y al sueño de una ciudad imaginaria en donde le nombran Rey de la Noche sin preguntarle ni su nacionalidad, ni su nombre, para terminar devorado por una planta carnívora mientras que sus amigos de París piensan que se quedó a vivir en Roma después de huirle al sexo de una muchachita que lo enloquecía.

Un caminar por una zona parisina habitada por árabes cuyas «calles estaban repletas de basura. Un olor nauseabundo se agregaba al cente-

Urbes Luminosas. Eduardo García Aguilar
«Escritores Colombianos en la Diáspora». COLCULTURA, 1993.

nario aroma de vejez citadina» nos conduce a un juego de amor entre un árabe y una jovencita, que ríen sobre un montón de manos, piernas, pies, cabezas, dedos desperdigados de maniqués desnudos que se miran y copulan interminablemente.

Así es ese lado de la ciudad: Roma, París, Estocolmo, San Francisco, pero la habilidad de García Aguilar, hace que de sus rendijas brote una ficción que nos hace sonreír con amargura, la mayoría de las veces, o volver a creer en la literatura como en «Boardillas del fin del mundo», habitada por un escuálido poeta, miembro de una gran cofradía, que se asoma al medio día a caminar por el malecón de su ciudad sobre el Mediterráneo y se lanza al mar en pos de una ilusión. De él no quedan más que noticias que se conocen año tras año, le vieron en el mar Caspio, en Berlín, Bulgaria o Estocolmo, se sabe de sus gustos, de los poemas que lee, de la música que oye y que sus amigos poetas bogotanos, vieron el rictus macabro de su rostro cuando miraba el fuego tenazy nocturno que salía del Palacio de Justicia.

La ciudad es aquí ese lugar de confluencias (de espacios y de tiempos), donde todo es posible y está a nuestro alcance, como quien se acerca a un gran estante depositario de años y de hombres colocados al azar, y toma uno y luego el otro buscando un orden o no pensando en ello, buscando la vida y la belleza o no importándole. *Urbes Luminosas* no es una serie de relatos que parten de donde parecen partir. Arrancan allí, en ciudad de México, bajo la sombra de la torre latinoamericana, entre el horror y la nostalgia, desde una ciudad apocalíptica del futuro. Los relatos «Sueño de las Alcantarillas», «Rosas para una ciudad en ruinas», «Plaza Río de Janeiro» y «Crónica de la urbe luminosa» conforman este núcleo. La ciudad de México erigida aquí como símbolo de la sinrazón está construida al fina-

lizar el paradigma moderno, ese al que Gianni Vattimo se refirió como «fin de la modernidad», que es el fin de la era del intelecto y de la cultura. La ciudad del futuro, la construida en el libro de García Aguilar, es la proyección del presente consciente de la desintegración de la ciudad contemporánea.

- En dónde vives, hombre, en dónde?
- En las alcantarillas, me responde.
- No me preguntes más, vivo, eso es todo, déjame... hay que vivir y yo vivo. (pág. 97).

«Rosas para una ciudad en ruinas» transcurre en la ciudad de México del año 1999, el protagonista regresa a la urbe después de varios años y ve a un hombre que recoge «basuras útiles» y usa corbatas Pierre Cardin, lleva en uno de sus bolsillos un libro de Goethe: «Los poetas que antes gozaron de gran poder, ahora están condenados a buscar en las basuras los desperdicios para su sobrevivencia» (pág. 100).

En este núcleo de relatos se llora una ciudad, la nuestra: «Lloro por el pasado irrescatable, por las flores y por ese esmog que hace años, que pese a todos era menos árido que el viento de esta catástrofe» (pág. 101).

Otros relatos se recrean en Guatemala en la búsqueda de la ciudad prehispánica, en la idea del pasado como lugar menos inarmónico pero se enfrentan a no encontrarlo, pues en Antigua, «no se podía evitar la sensación de estar en un terreno clásico cubierto de musgo. La muerte rondaba por todas partes. Antigua cargaba su nombre como una maldición» (pág. 82).

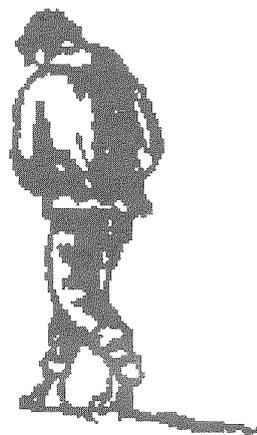
El autor bucea en su infancia en la remota Manizales o en su adolescencia, en el remolino de las luchas estudiantiles de la Universidad Nacional en los años setenta y sólo encuentra muerte después del amor. La ciudad ya no es apocalíptica sino la dejadez, el caos, el pastiche, las luces de los avisos como luciérnagas de colores,

el musgo comiéndose los edificios y la sordidez de los bares conforman remedos de ciudades que se sienten incapaces de abandonar su sueño de siglos.

La última narración «Caribe express», intenta poner distancia al hablar no de la «ciudad de la muerte», sino de aquella, la intemporal, la añeja Cartagena de Indias, navegando sobre el mar Caribe. Es una invitación a disfrutar una dimensión inescrutable de la fantasía.

La ciudad latinoamericana es aquí una mezcla, el pasado y el futuro, el caos y la fantasía, la muerte y el sueño de una hermosa mujer, el Arco y la Lira al lado de un Remy Martin en una tienda de Riohacha, lo barroco y el abandono de Dios.

García Aguilar, narrador y periodista, nos reconoce lectores, habitantes de ciudad, constructores de novela apocalíptica, y, sin contemplaciones, retrata nuestra vida a través de sus ojos, éstos también habitantes de ciudades y constructores de imaginarios urbanos donde la existencia no es cómoda, el espacio rugoso de la ciudad se deambula con una prosa escueta, mordaz, que hiere, no respeta y deja al lector en la incertidumbre, pues se siente también habitante y lector de la sinrazón.



Carlos Luis Torres

Departamento de Literatura,
Pontificia Universidad Javeriana.